

SE LLAMABA ELENA ARIZMENDI¹

Gabriela Cano*

Se necesitaría ser un santo para no morirse de ganas de ver la foto de "la más bella de México" y de leer la novela feminista en que dio su versión airada y nostálgica de sus amores.

José Emilio Pacheco

Elena Arizmendi vivió en Nueva York durante más de 20 años, desde que cruzó la frontera a mediados de 1915 al lado de José Vasconcelos, en momentos álgidos de la etapa armada de la Revolución mexicana, hasta su regreso al país, en 1938, cuando concluía el periodo más radical del proceso revolucionario. Desde un exilio de más de dos décadas, que sin duda tuvo sus durezas e incomodidades, Elena Arizmendi participó en el feminismo, en la época de entreguerras, con la creación de la Liga de Mujeres Ibéricas e Hispanoamericanas. Nueva York le ofreció condiciones que no estaban a su alcance en México, donde aunque llevaba vida de señora burguesa, con privilegios, certezas y seguridades, también enfrentaba grandes restricciones personales y un entorno social hostil.

El exilio de Elena Arizmendi no fue consecuencia de su actividad revolucionaria ni tuvo el propósito de eludir una persecución política que pusiera en riesgo su seguridad personal. El principal motivo por el que salió del país fue su deseo de hacer vida de pareja con Vasconcelos, a quien la unía una intensa y muy conflictiva relación extramarital iniciada años atrás, al calor del triunfo del movimiento maderista, causa revolucionaria con la que ambos estaban comprometidos. La incertidumbre de la vida en el exilio se agregó a antiguos conflictos entre Elena y José, y la pareja se disolvió dolorosamente a un año de haber llegado a Estados Unidos. Al separarse, Arizmendi se estableció por su cuenta en Nueva York. Contaba con 31 años de edad.

A orillas del Hudson, en vez de dejarse aniquilar por el dolor y el resentimiento de la ruptura amorosa, Arizmendi transformó en ventaja su situación y se forjó una

Doctora en historia. Profesora e investigadora en la UAM-Iztapalapa

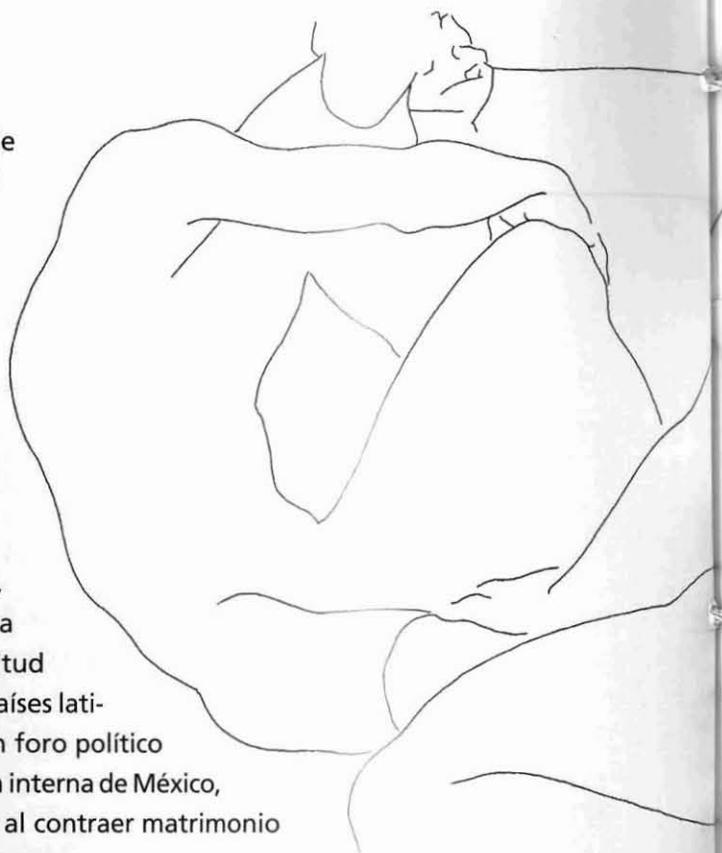
Este perfil de Elena Arizmendi se apoya en *Vida incompleta. Ligeros apuntes sobre mujeres de la vida real* (1927), en sus escritos publicados entre 1922 y 1929 en *Feminismo Internacional* (Nueva York) y en la *Revista de la Raza* (Madrid), en documentos inéditos del Archivo General de la Nación de México, del Archivo Histórico de la Cruz Blanca y del Registro Civil de la ciudad de México. Las entrevistas de la autora con Dolores Arizmendi Mejía, David Arizmendi Marquina, Edward Rivas, Leopoldo Aguado y Esperanza Brito de Martí ofrecieron datos cruciales. Alguna información proviene de periódicos de 1911: *Nueva Era*, *El Demócrata Mexicano* y *El Diario del Hogar* de la ciudad de México y *El Paso Herald* de El Paso, Texas. Las citas textuales de José Vasconcelos son de *Ulises criollo* (edición crítica de Claude Fell, FCE, México, 2000), *La tormenta* (FCE, México, 1982) y *La raza cósmica* (Espasa-Calpe, México, 1999). José Emilio Pacheco ("Vasconcelos: la tumba sin sosiego", *Proceso*, 15 de marzo de 1982) y Enrique Krauze ("Pasión y contemplación en Vasconcelos" [1983], en la edición crítica de *Ulises criollo* antes citada) han tratado la apasionada relación entre José Vasconcelos y Elena Arizmendi. El ensayo de Virginia Woolf es *Una habitación propia* ([1928] Seix Barral, Barcelona, 1968). Agradezco el apoyo financiero de *Recovering the Hispanic Heritage of the us* de la Universidad de Houston y del Conacyt, así como la generosidad de Sarah Buck, Antonia Castañeda, Francie Chassen, Javier Garciadiego, María del Rayo González, Marta Lamas, Rosa Ronquillo, Antonio Saborit, Mauricio Tenorio y, sobre todo, de Patricia Vega.

habitación propia, ese requisito de la independencia de criterio, la autonomía personal y la creación intelectual de las mujeres que Virginia Woolf proclamaría en un ensayo canónico del feminismo occidental del siglo xx. Conoció "las entrañas del monstruo" y desde la urbe de hierro se inició en el periodismo de opinión y llegó a ser una figura feminista de relieve internacional en el mundo de habla hispana. Al término de la Primera Guerra Mundial formó la Liga de Mujeres de la Raza, también conocida como Liga de Mujeres Ibéricas e Hispanoamericanas, una peculiar red de intercambio cultural y comunicación transnacional, de carácter no gubernamental, con una postura pacifista y resonancias ideológicas y políticas de diversa magnitud en México, Colombia, Uruguay, España y tal vez otros países latinoamericanos. Al mismo tiempo, la liga sirvió como un foro político donde Arizmendi manifestaba opiniones sobre la política interna de México, en la que siempre se mantuvo interesada, aun cuando al contraer matrimonio con Robert Duersch obtuvo la ciudadanía estadounidense.

Las cualidades individuales que permitieron a Arizmendi abrirse camino y construirse un mundo propio en Nueva York actuaron en su contra en el México revolucionario. La familia Arizmendi pertenecía a la élite social mexicana del porfiriato y Elena se conducía con una desenvoltura y seguridad personal que no correspondían al estereotipo de sumisión atribuido a la mujer en el imaginario mexicano vigente a principios del siglo xx.

Aunque vivir en Estados Unidos significó separarse de su familia y abandonar la posición económica desahogada que tenía en México, la habitación propia en Nueva York le permitió evitar el estigma social y familiar que pesaba sobre ella por haber tenido una relación extramarital con una figura pública como Vasconcelos, tan dado a provocar escándalos, como lo hizo en el convento de Victoria, Texas, donde Arizmendi alguna vez se refugió de sus presiones, y como amenazó con hacerlo en Nueva York para evitar que Elena sostuviera un empleo remunerado. Desde un punto de vista personal, Arizmendi entendió su permanencia en la "hospitalaria" Nueva York como una "expatriación" que le permitió alejarse de Vasconcelos y de la animadversión de su esposa, Serafina Miranda, con la que el oaxaqueño ya había procreado a dos hijos al momento de conocer a Elena.

Al salir de la capital del país Arizmendi también dejó atrás la violencia revolucionaria y un ambiente político misógino que le era particularmente hostil. Estuvo ausente en momentos clave del proceso revolucionario: la promulgación de la Constitución de 1917, el auge del nacionalismo cultural y las reformas educativas y sociales de las décadas de los veinte y treinta. Su visión de la Revolución mexicana permaneció anclada en el maderismo.



Pilar Bustos, Ecuador

LA FAMILIA

Elena Arizmendi Mejía nació en la ciudad de México el 18 de noviembre de 1884, en una familia de la élite económica y política que se benefició del crecimiento económico alcanzado durante el porfiriato. Por línea materna, Elena Arizmendi tenía una distinguida genealogía ligada a la historia de Oaxaca. Su abuelo, el general Ignacio Mejía, fue un político liberal de la misma generación de Benito Juárez. Secretario de Guerra durante 11 años, más tarde el general Mejía vivió exiliado durante buena parte del gobierno de Porfirio Díaz, su antiguo compañero de armas y rival político.

Durante su infancia y juventud Elena pasó largas temporadas en Oaxaca, en la hacienda de Ayotla, propiedad del general Mejía, ubicada en la colindancia entre ese estado y Puebla, lugar descrito como una tierra inhóspita donde el calor era intenso y persistente. En esas estancias Arizmendi adquirió un buen conocimiento de los caballos y su fortaleza corporal, que la convirtió en una “verdadera zona” –la expresión es de Vasconcelos– capaz de huir clandestinamente del 915, en medio de la guerra civil.

A los 16 o 17 años Elena se casó por primera vez en Chilpancingo, Guerrero, donde su familia se estableció durante algún tiempo. La boda se llevó a cabo en forma apresurada, luego de que Jesús Arizmendi sorprendió a su hija en brazos de un joven militar y consideró que, si permanecía soltera, el honor de la muchacha y la familia se vería mancillado. Tal vez ella no tenía grandes deseos de casarse, pero un matrimonio le ofrecía la posibilidad de establecer su propio hogar y alejarse de las tensiones familiares, acentuadas con la muerte de su madre y las segundas nupcias de su padre.

El matrimonio duró poco tiempo, ya que Arizmendi huyó del maltrato físico al que su joven marido la sometía. La posición social y económica de la familia Arizmendi Mejía protegió a Elena de las agresiones que, al separarse, enfrentaban con frecuencia mujeres con menos movilidad geográfica. No sabemos si al romper con su marido Elena buscó la protección del general Mejía en Oaxaca o si de inmediato viajó a San Antonio, Texas. Allí cursó estudios de enfermería en el hospital de Santa Rosa, a cargo de las hermanas de la Caridad del Verbo Encarnado, congregación de monjas de origen francés.

Sus años en San Antonio le permitieron adquirir conocimientos de la sociedad estadounidense y del inglés, idioma que manejaba con una soltura que “no se aprende en los libros”, según describió en una ocasión Vasconcelos, que también lo dominaba por haber cursado los estudios primarios en Eagle Pass, Texas. En San Antonio, Elena supo de las organizaciones feministas anglosajonas que desde medio siglo atrás habían luchado por la ampliación de los espacios de autonomía para las mujeres en la familia, el ingreso en las profesiones liberales y aun por el voto.



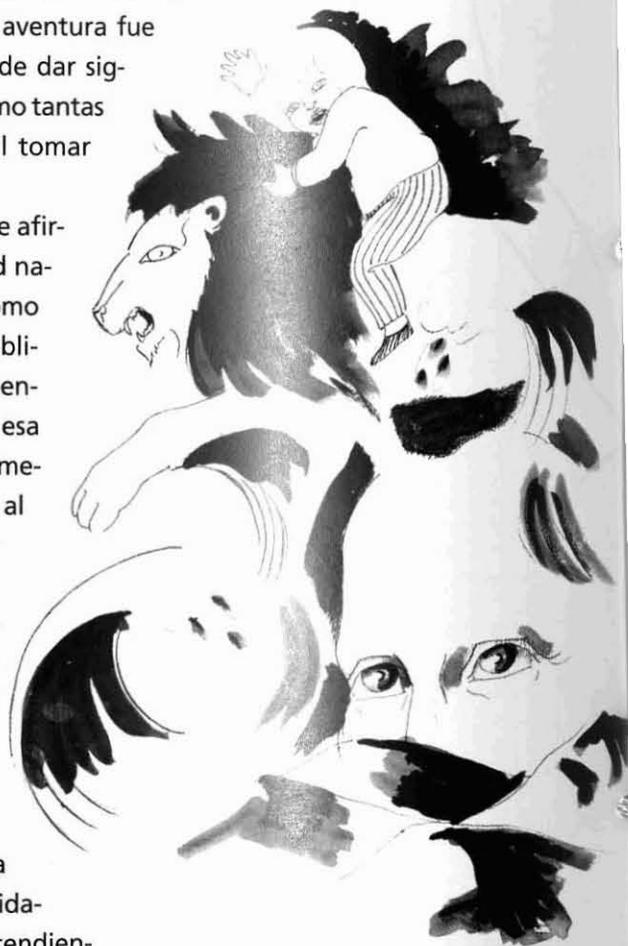
Elena Arizmendi
Foto: cortesía Leopoldo Aguado

LA REVOLUCIÓN

Luego de residir varios años en Texas, a mediados de 1911, Elena Arizmendi regresó a su país de origen al saber de las carencias que se vivían en los campos de batalla de Chihuahua. Según su propia versión, sus "sentimientos de mujer y de mexicana se vieron lastimados" y resolvió ir a la capital con el fin de gestionar desde ahí los servicios médicos y la ayuda humanitaria requerida en el norte. La movía —en palabras de Vasconcelos— "un deseo de acción". Ese afán de aventura fue también, de acuerdo con la narrativa nacionalista, un deseo de dar significado a su vida: Elena ofreció sus servicios al país en guerra como tantas veces lo había hecho su abuelo, el general Ignacio Mejía, al tomar las armas en distintas circunstancias a lo largo del siglo XIX.

La guerra es el espacio masculino por excelencia donde se afirma la pertenencia del soldado y del ciudadano a la comunidad nacional. A las mujeres la narrativa nacionalista las incorpora como madres, responsables de sostener en la familia los valores republicanos, capaces de formar a sus hijos para ser soldados en momentos de guerra y ciudadanos en tiempos de paz. Dentro de esa polaridad de los roles sociales de género, la profesión de enfermera, surgida también en el siglo XIX, dio una dimensión pública al cuidado de los enfermos, tradicionalmente en manos de mujeres dentro de la esfera doméstica. El "ángel del hogar" pasó a ser el "ángel de la batalla". La guerra también derrumbó pudores y amplió los límites aceptables de comportamiento en las mujeres que deseaban ir más allá del ideal doméstico prevaleciente en los medios sociales urbanos.

La Cruz Blanca Neutral se formó en la ciudad de México en circunstancias que aún hoy son motivo de discrepancia. Sin embargo, parece indudable que lo decisivo fue la denuncia pública que Elena Arizmendi hizo de las impostergables necesidades de servicio médico que la Cruz Roja mexicana no estaba atendiendo. Luego, Arizmendi tomó la palabra en una asamblea efectuada en el Casino de Estudiantes, durante una huelga de los alumnos de la Escuela de Medicina, y fue nombrada presidenta honoraria de la naciente asociación. Una brigada de médicos y estudiantes se dirigió enseguida a Chihuahua. La Cruz Blanca Neutral obtuvo un muy temprano reconocimiento del gobierno provisional de Francisco I. Madero, instalado en Ciudad Juárez. Ese reconocimiento fue posible gracias a la labor de convencimiento que hizo Elena Arizmendi con las señoras Sara Pérez de Madero, Mercedes González de Madero y Mercedes Madero, esposa, madre y hermana del presidente, respectivamente, que simpatizaron con la perspectiva humanitaria de la Cruz Blanca. Su afinidad con las señoras Madero, con las que compartía antecedentes sociales y su visión del mundo, provocó un conflicto en la Cruz Blanca. Sin reconocer su labor de gestión y propaganda, los brigadistas resintieron la atención que Arizmendi recibió en la pren-



sa y lanzaron una serie de acusaciones en su contra: desde disponer indebidamente de los recursos de la Cruz Blanca y carecer de conocimientos de medicina, hasta contravenir el espíritu pacifista de la asociación por haberse fotografiado, posando con gesto sonriente, al lado de un cañón y con cananas en el pecho.

El conflicto expresaba una tensión de clase –Arizmendi era arrogante y miraba con desprecio a los estudiantes–, pero también era una muestra de la ansiedad que causaba el que la autoridad y la voz pública estuviera en manos de una mujer. El predominio masculino en la profesión médica no aceptaba la mínima fisura, ni siquiera en las condiciones de emergencia que imponía la guerra. De la misma manera debió de ser perturbador el desparpajo corporal y la seguridad personal de Arizmendi, que bien podía lucir un uniforme de enfermera, pero cuyo comportamiento y manejo corporal no se ajustaban a la negación propia y el sacrificio atribuidos a los “ángeles de la batalla”.

Los ataques contra Arizmendi también fueron manifestaciones contra el gobierno de Madero, que apoyó a la Cruz Blanca desde su periodo provisional en Ciudad Juárez. Posteriormente, durante el gobierno constitucional maderista, la Cruz Blanca mexicana devino una sociedad de beneficencia privada que, sin tener un carácter oficial, contó con el apoyo presidencial y el beneplácito de la jerarquía eclesiástica. En estas condiciones la Cruz Blanca amplió su perfil: ya no sólo se ocuparía de ofrecer socorro médico en caso de guerra, calamidad pública o epidemia, sino que también desempeñaría funciones filantrópicas. Para Elena Arizmendi la filantropía moderna buscaba “extirpar las miserias de la sociedad” y no solamente consolar el dolor, como lo hacía la caridad. La distinción entre caridad tradicional y filantropía moderna, sin embargo, no era tan clara para los demás.

LA SANTA LIBERACIÓN

El feminismo de principios de siglo en México propugnaba por la ampliación de la influencia doméstica de las madres de familia y la racionalización de las labores hogareñas. Con esto se acentuaba la separación entre las esferas femenina y masculina y la igualdad de derechos políticos se veía como una meta lejana. De acuerdo con ese perfil filantrópico y feminista, la Cruz Blanca tuvo la meta de “inspirar a la mujer en el más noble feminismo, como una santa y noble liberación”, y proyectó auxiliar a familias de escasos recursos mediante la procuración de empleo asalariado a los hombres y la enseñanza de prácticas de ahorro y administración doméstica a las mujeres. Concluida la guerra civil y ya sin la necesidad urgente de socorro médico, la asociación recuperó su vocación filantrópica, pero no dio continuidad a la orientación feminista que Elena Arizmendi intentó imprimirle en los días del gobierno de Madero.

El feminismo alcanzó alguna presencia política durante el movimiento revolucionario, pero en 1915 su influencia en la sociedad era “microscópica”, de acuerdo con la expresión de Manuel Gamio en *Forjando patria*. Aún más



restringidas fueron las posibilidades de Elena Arizmendi de participar en la actividad feminista de la Revolución mexicana, porque no compartía el radicalismo social ni el jacobinismo dominante en los círculos revolucionarios. Podía coincidir con los pronunciamientos de los Congresos Feministas de Yucatán de 1916 sobre la ampliación de oportunidades educativas y profesionales para las mujeres o con la postura de Hermila Galindo a favor del sufragio femenino y su crítica a la moral sexual diferenciada para hombres y mujeres, pero ella no tendría cabida en estos congresos, que eran espacios del constitucionalismo, la facción triunfante de la Revolución mexicana.

LA LEY DEL GOCE

En *Ulises criollo* y *La tormenta*, volúmenes iniciales de las memorias de José Vasconcelos y obras canónicas de la narrativa autobiográfica latinoamericana, Elena Arizmendi aparece retratada como *Adriana*. Se trata, desde luego, de un retrato muy sesgado, ya que Adriana es un personaje literario y no una imagen fiel de Arizmendi. El episodio gira en torno a su intervención en la Cruz Blanca Neutral cuando, por recomendación de la familia Madero, Adriana acudió a pedir ayuda profesional al despacho jurídico de Vasconcelos para enfrentar los conflictos surgidos en el organismo humanitario y a partir de ese incidente comenzó la relación pasional. *Ulises criollo* se detiene en el encuentro amoroso inicial y no abunda en los detalles de la participación de Arizmendi en el maderismo. Su obra, como gestora y propagandista de la Cruz Blanca, aparece entonces como un hecho circunstancial, un tanto frívolo, y sin sustento en una convicción política.

El despecho amoroso y la añoranza moldean los rasgos del personaje: Adriana es una distorsión muy cruel de Elena Arizmendi, "una George Sand sin talento". Pero el relato no es del todo consistente: aun cuando mira con desprecio los intereses literarios de Adriana y se ensaña en la ridiculización de sus ambiciones intelectuales, Vasconcelos también recrea una relación de pareja moderna, en la que el compañerismo y el diálogo intelectual son los ingredientes esenciales del vínculo amoroso. Las lecturas compartidas, la sensibilidad artística y la conversación parecen ser tan importantes como el erotismo y la comunidad espiritual de la pareja. En sus mejores momentos, Adriana y Ulises encarnan la utopía amorosa, donde prevalece "la ley del goce" y las parejas "serán sinceramente apasionadas y fácilmente desechas" —que Vasconcelos describió en *La raza cósmica* (1925), ensayo escrito cuando estaba aún muy fresco el recuerdo de Elena.

Por Vasconcelos sabemos que Adriana era una lectora de intereses amplios, a pesar de su débil educación escolar y pobre formación literaria, y que en Nueva York descubrió a Ellen Key, escritora sueca de gran aceptación en los medios feministas de Estados Unidos en los años anteriores a la Primera Guerra Mundial. Key veía bien la autonomía económica de las mujeres y el voto, siempre y cuando las actividades de



Graciela Rodó, Bolivia



Norman Bottrill, Uruguay

las mujeres en la esfera pública, ya fuera el empleo remunerado o las labores filantrópicas, estuvieran subordinadas a la dedicación al hogar y a la maternidad, a las que no sólo consideraba como obligaciones de las mujeres, sino como fuente indispensable de su bienestar y de satisfacción personal.

En la perspectiva de Key, la otra fuente de satisfacción de las mujeres era el goce erótico, al que la sueca atribuía una connotación romántica y espiritual. La vida sexual plena constituía un espacio íntimo donde se expresaban las necesidades individuales de cada uno de los miembros de la pareja y era un componente esencial en su visión de la relación matrimonial. Es el ideal de la pareja en utopía de *La raza cósmica*, donde las parejas se unirán por el gusto mutuo y podrán disolverse con facilidad, como era frecuente a principios del siglo xx entre artistas e intelectuales del Greenwich Village, barrio bohemio de Nueva York.

La gran omisión del relato vasconceliano sobre Adriana radica en sus logros alcanzados en Estados Unidos, de los que Vasconcelos tuvo noticias al pasar por Nueva York en 1927. Ya separada de Duersch, Elena fue colaboradora regular de la prensa hispana de la urbe y hasta entrevistó a Vasconcelos en momentos anteriores al lanzamiento de su candidatura por el Partido Antireeleccionista. La entrevista fue publicada en Madrid en *La Revista de la Raza*, que divulgó las opiniones del oaxaqueño sobre la situación política de México: "Está en manos de dictadores ineptos". En esa ocasión, Vasconcelos también conoció *Vida incompleta. Ligeros apuntes sobre mujeres de la vida real*—"novela feminista", la llama Pacheco—, un pequeño libro sin pretensiones literarias con el que Arizmendi daba coherencia narrativa a experiencias personales dolorosas: su relación conflictiva con Vasconcelos y las circunstancias de la disolución de su matrimonio con Duersch, con el que estuvo casada durante sus años de residencia en Brooklyn.

La tormenta detalla muchos otros momentos en la relación amorosa y su desenlace, pero pasa por alto el encuentro ocurrido más de diez años después de la separación de la pareja. El breve episodio hubiera matizado el dramatismo de un relato según el

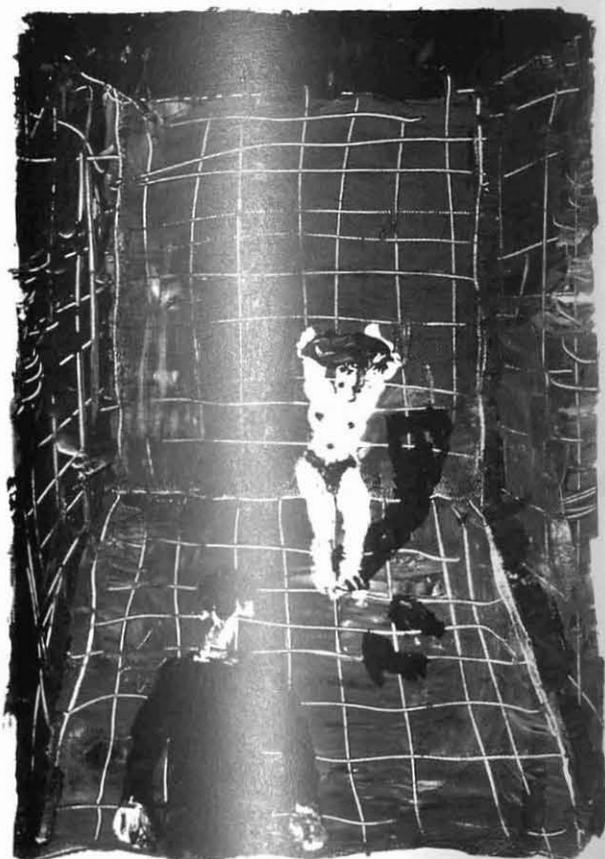
cual los protagonistas de esa tormenta interior nunca más volvieron a verse. De haber mencionado este encuentro, Vasconcelos hubiera tenido que referirse a la transformación de una Adriana que logró darle un nuevo significado a su vida sin Vasconcelos, al permanecer en Nueva York y dedicarse al feminismo y a la escritura. Eso sería inconsistente con la imagen de la hechicera erótica y de la ligereza y la incapacidad creativa atribuida al personaje de Adriana en las memorias y en el relato "El tormento".

NUEVA YORK

Elena Arizmendi se sostuvo en Nueva York mediante la impartición de clases—que obtuvo gracias a Pedro Henríquez Ureña—, con los exiguos pagos por sus colaboraciones periodísticas y, quizá, por alguna actividad comercial, pero también debió de disponer de algunos recursos familiares, además de algunas joyas que llevó consigo al salir del país.

Por momentos Elena pensó que nunca más regresaría a México; sin embargo, siempre mantuvo la mirada puesta en los acontecimientos internos del país. Sus críticas a los gobiernos posrevolucionarios estaban moldeadas por sus experiencias en Estados Unidos, país al que admiraba en muchos aspectos. En una carta dirigida al presidente Lázaro Cárdenas, Arizmendi hizo una exaltación de la libertad religiosa y de expresión—"leyes sabias y costumbres sabias"—de su país adoptivo, donde "los conflictos se resuelven con la cooperación de todo ciudadano útil y patriota, sin distinción de partido político ni creencia religiosa. Este espectáculo es hermoso y bien daría yo lo que me resta de vida si con ello se lograra cosa idéntica en mi patria, México".

Nueva York, capital económica y principal puerto de entrada de inmigrantes europeos a Estados Unidos, era también un centro de actividad feminista. Desde los años de la guerra civil fue sede de organizaciones de mujeres y, en 1908, escenario de la primera manifestación pública a favor del sufragismo en Estados Unidos. Al llegar a Nueva York, Arizmendi fue testigo de la última etapa del movimiento sufragista, que triunfó en Estados Unidos en 1919 tras una prolongada lucha que se volvería emblemática. Elena tenía una gran admiración por las sufragistas angloamericanas—su fortaleza, capacidad organizativa y efectiva oratoria le causaban una gran impresión—, pero también resentía el menosprecio con que esas dirigentes miraban a América latina. Como secretaria de la Liga de Mujeres de la Raza, Arizmendi señaló públicamente la parcialidad racista de Carrie Chapman Catt, la principal sufragista angloamericana de Estados Unidos, en una entrevista aparecida en *Feminismo Internacional*. Un gesto osado.



Ignacio Iturria, Uruguay

LA LIGA DE MUJERES IBÉRICAS E HISPANOAMERICANAS

Esta liga surgió como contrapeso del predominio estadounidense en las organizaciones panamericanas de mujeres, que se acentuó en los años posteriores a la Primera Guerra Mundial. La acción internacional del sufragismo angloamericano se había concentrado hasta entonces en Europa y a principios de los años veinte se dirigió al continente americano, cuando el gobierno de Estados Unidos buscaba consolidar su hegemonía política en la región y suavizar la mala imagen que le habían ganado las intervenciones militares. Al mismo tiempo, los países al sur del río Bravo ofrecían un nuevo campo de acción para las dirigentes sufragistas, que, tras el triunfo del verano de 1920, de la noche a la mañana se quedaron sin una meta tan claramente definida como lo fue el sufragio a lo largo de los 75 años que duró la lucha.

En un principio Arizmendi pensó en formar un centro de información sobre mujeres hispanoamericanas y españolas —la Unión Panamericana también había surgido en 1910 con el propósito de reunir información comercial—, pero a raíz del Congreso Feminista de Baltimore de 1922, que contó con el apoyo del Departamento de Estado, el proyecto derivó en la Liga de Mujeres de la Raza, cuyo órgano informativo, *Feminismo Internacional*, se publicó a lo largo de diez meses, antes de convertirse en una sección de *La Revista de la Raza*, editada en Madrid.

La disparidad de recursos entre la Liga Feminista Panamericana y la Liga de Mujeres de la Raza era enorme. La primera contaba con el apoyo del gobierno de Estados Unidos y, en términos formales, de los gobiernos hispanoamericanos, mientras que la Liga de Mujeres de la Raza se sostuvo casi exclusivamente con los recursos personales de Arizmendi. El proyecto era “quijotesco”, por usar un término caro para Elena Arizmendi; sin embargo, la también llamada Liga de Mujeres Ibéricas e Hispanoamericanas perduró hasta entrados los años treinta, al menos como un membrete.

Arizmendi reivindicaba como propias las metas del feminismo angloamericano y veía con buenos ojos que “la palabra vibrante de las sufragistas” se escuchara por todo el continente americano. Lo que no aceptaba era su pretensión de poseer las claves de la emancipación femenina universal: “El movimiento feminista de Estados Unidos puede abundar en sugerencias, en ejemplos fecundos [pero] no es aceptable todo lo que ese movimiento nos puede ofrecer y más difícil es aún que se nos pueda imponer, como suma y modelo de la civilización”. La Liga de Mujeres de la Raza emula a las sufragistas angloamericanas y al mismo tiempo reacciona contra su racismo y afán de dominio imperialista.

El proyectado “centro femenino de información” y la revista de la Liga de Mujeres de la Raza tenían el propósito común de presentar datos concretos y ejemplos que refutaran las visiones sobre el retraso de las mujeres y el feminismo en América latina, surgidos en medio de la explosión de imágenes visuales y narrativas que, apoyadas en las nuevas tecnologías de la información, circularon ampliamente en Estados Unidos en las primeras décadas del siglo xx, al tiempo que la inversión estadounidense se extendía en América latina. A través de revistas



Ramiro Jácome, Ecuador

ilustradas, mapas, relatos de viaje, informes y fotografías se formuló un discurso neocolonial que representaba la región latinoamericana como un territorio vacío y deficitario, necesitado de la presencia de científicos, moralistas, técnicos, inversionistas y reformadores sociales estadounidenses. La proliferación de esas imágenes coincidió con el afianzamiento del panamericanismo y la manifestación del interés sufragista por América latina.

El propósito de crear un feminismo hispano, expresado en "la lengua de Cervantes", compatible con la idiosincrasia cultural y social de los pueblos hispanoamericanos y españoles, se inscribe en una retórica hispanoamericanista originada en círculos intelectuales de la península Ibérica a comienzos del siglo xx. De acuerdo con esa retórica, la historia, las costumbres, el idioma castellano y la religión católica daban sustento a la supuesta unidad espiritual de "la raza". Pero la ideología de emancipación femenina de la Liga de Mujeres de la Raza, de hecho, no tiene un sello específicamente hispano, sino que es producto transnacional, originado por la interacción conflictiva de Elena Arizmendi y otras feministas de América latina con el sufragismo anglosajón, al que veían con una mezcla de admiración y resentimiento.

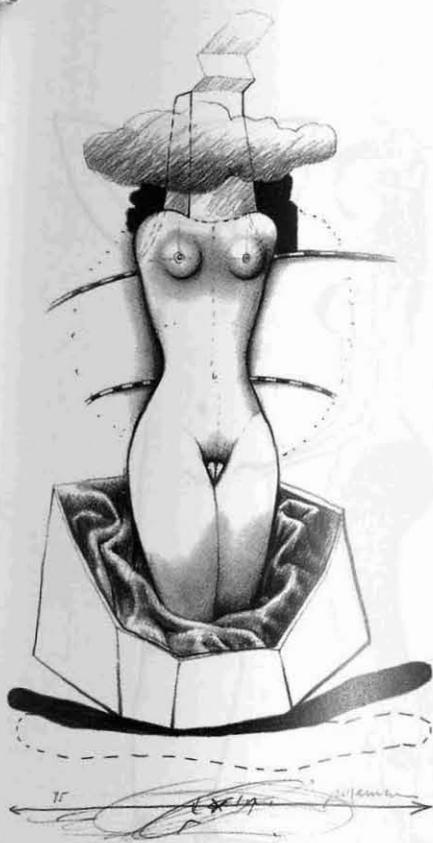
La Liga de Mujeres de la Raza sostenía una posición en favor del sufragio femenino, pero su principal interés no radicaba en la participación de las mujeres en la vida política. Su prioridad estaba en la formación de las mujeres como sujetos autónomos, con independencia de criterio y acceso al mundo intelectual, así como la ampliación de la influencia de madres y esposas en la esfera privada. No se trataba de que las mujeres abandonaran el mundo doméstico, sino de que su papel en la familia se dignificara y fuera compatible con actividades profesionales. El cuadro se completaba con una relación matrimonial moderna, basada en el compañerismo y la afinidad de la pareja. La propuesta tenía una perspectiva de clase media y veía con alarma la creciente incorporación femenina al trabajo industrial, que alejaba a las mujeres del hogar.

El discurso de la Liga de Mujeres de la Raza le reconoció una posición central a España y atribuyó una superioridad simbólica a la cultura ibérica, pero no colocó a América latina en una posición política subordinada a ese país europeo. El nombramiento de Carmen Burgos como presidenta honoraria fue un gesto emblemático, ya que la escritora española no tuvo injerencia alguna en las decisiones, que siempre estuvieron en manos de Arizmendi.

La Liga de Mujeres de la Raza restringió su convocatoria a "las mujeres cultas de la raza" –las señoras de reconocidos méritos morales e intelectuales– y les atribuyó la capacidad de impulsar la modernización de las relaciones entre los sexos. Al igual que el arielismo –que proclamaba la necesaria oposición entre el materialismo atribuido a Estados Unidos y la espiritualidad, considerada característica de la cultura hispanoamericana– la Liga de Mujeres rechazaba la acción política en favor de la acción moral de las élites intelectuales, a las que atribuía un liderazgo moral que no veía en la élite política, considerada inmoral e incompetente. La liga se deslindó de "la actitud política que observen los gobiernos" y no pretendía formar una entidad política.



Leoncio Villanueva, Perú



Leoncio Vilánueva, Pero

Al sustentarse en una "unión espiritual", la Liga de Mujeres de la Raza se inscribió en el arielismo, pero su posición feminista también lo refutó. *Ariel* convocó a la juventud de América, pero a la juventud masculina de América, y en ningún momento consideró a las mujeres como sujetos de la intelectualidad del continente ni reconoció su contribución como madres, lo que sí hizo la escritora chilena Gabriela Mistral. Al igual que otras posturas hispanistas, la Liga de Mujeres de la Raza sostuvo una posición política en favor de una sociedad jerárquica y estable. Su argumentación en favor del sufragio femenino partía de un criterio excluyente de las mayorías: "Parece inhumano o ilógico que hombres analfabetos sean considerados como ciudadanos y en cambio a las mujeres, aun a las más cultas, se les niegue el derecho de ser ciudadanas de su patria". En las organizaciones posrevolucionarias de mujeres predominó la defensa del sufragio femenino universal, pero las posturas excluyentes como la de Arizmendi no eran desconocidas en México. En 1923, el gobierno de San Luis Potosí estableció el derecho al voto, restringido a mujeres alfabetizadas que no pertenecieran a alguna congregación religiosa.

Aunque no era una católica militante ni tenía vínculos con la Iglesia ni con órdenes religiosas, en distintas ocasiones Arizmendi manifestó opiniones críticas del anticlericalismo de los gobiernos y de las organizaciones de mujeres posrevolucionarias. En un periódico de Nueva York dijo que, al convertirse en presidente de la república, Lázaro Cárdenas dejó de representar al Partido Nacional Revolucionario y se convirtió en representante de toda la nación mexicana, "que es abrumadoramente católica y por lo tanto debe estudiar a fondo el problema de la prohibición religiosa, que no cura sino aumenta el fanatismo, fomenta la hipocresía y viola los derechos humanos, que son sagrados, aunque no se tengan por tales". Asimismo, calificó al anticlericalismo del gobierno mexicano como un atropello a la libertad de conciencia "que gozamos todos los que vivimos en Nueva York".

Su posición crítica ante los gobiernos posrevolucionarios no impidió a la secretaria general de la Liga de Mujeres de la Raza manifestar simpatía por medidas gubernamentales que juzgaba benéficas para la emancipación de las mujeres. A pesar de su distancia de la política anticlerical del gobierno de Plutarco Elías Calles, se expresó públicamente en favor de la reforma al Código Civil de 1928, que ampliaba los derechos de las mujeres en la familia porque "no es justo que los revolucionarios mexicanos, después de gritar en un mitin o por la prensa 'Mueran los tiranos', al llegar a su casa dan una paliza a su mujer o de palabra o de obra destrozan la reputación de otras mujeres, provocando la deshonor de distinguidas familias". En 1935 Arizmendi se entusiasmó tanto con la declaración del presidente Lázaro Cárdenas en favor del voto femenino, que se apresuró a nombrarlo miembro honorario de la Liga de Mujeres de la Raza. Tal vez el pronunciamiento sufragista de Cárdenas fue uno de los factores que orillaron a Elena Arizmendi a volver a México, aunque también debió de contar su buena relación con la Cruz Blanca.

EL REGRESO A MÉXICO

Elena Arizmendi volvió a la ciudad de México en 1938, donde radicó hasta su fallecimiento. Su regreso al país coincidió con el fin de la etapa de reformas sociales y el anticlericalismo radical de la Revolución mexicana. En México estuvo dedicada a la vida privada. Colaboró con la Cruz Blanca, pero se mantuvo al margen de las organizaciones de mujeres, cercanas a un gobierno por el que no debió de sentir simpatía alguna. Ni siquiera tuvo contacto con la Alianza de Mujeres de México, organización amplia que encabezó la recta final de la lucha por el sufragio femenino en México, bajo la hegemonía del Partido Revolucionario Institucional.

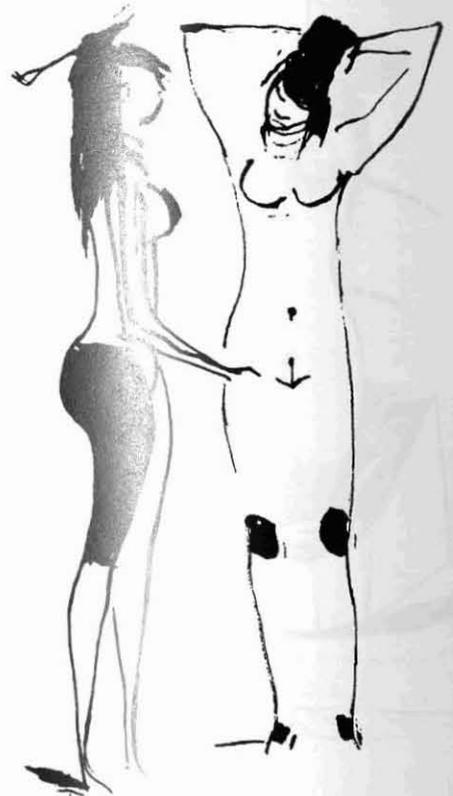
A pesar de haber transcurrido 20 años, el estigma social de su relación extramarital con Vasconcelos seguía vigente —el tema no se tocaba en la familia—, pero había perdido la intensidad que tuvo dos décadas atrás. Los protagonistas de la tormenta interior habían envejecido; muchos de sus allegados habían olvidado el asunto y otros ya estaban muertos. Elena ya no era una hija rebelde, preocupada por la mirada vigilante del padre, sino una respetable hermana mayor y tía —llegó en 1944, a los 60 años de edad—, rodeada de las atenciones de una familia que se había multiplicado al correr del tiempo.

Ya en México, la simpatía de Arizmendi por el presidente Cárdenas —“uno de los hombres moderados y ecuanímenes que saben la responsabilidad y la trascendencia de los actos públicos”— fue cediendo su lugar a una creciente decepción ante la indefinida postergación de la reforma constitucional que establecería el sufragio femenino: pasaron casi 15 años antes de que la reforma se incorporara a la Constitución, en 1953, y las mujeres no votaron en una elección presidencial hasta 1958. Para entonces Arizmendi ya enfrentaba una salud delicada y es poco probable que acudiera a las urnas.

La decepción de Arizmendi con Cárdenas debió de agudizarse a raíz del conflicto de la Cruz Blanca con el gobierno, que mediante una disposición de la Secretaría de Hacienda impidió a la asociación disfrutar de la donación monetaria de un particular. A dos décadas del conflicto todavía no concluían las gestiones para recuperar los fondos legados a la institución filantrópica.

La Secretaría de la Defensa Nacional no incluyó a Arizmendi entre las casi 400 mujeres que fueron condecoradas como veteranas de la Revolución mexicana. Pero todavía en vida, la Cruz Blanca reconoció sus servicios a la causa maderista y dio su nombre al dispensario médico que tenía en Xochimilco. De manera póstuma, en 1985 la asociación gestionó ante la delegación Benito Juárez del Distrito Federal llamar Elena Arizmendi a la Segunda Cerrada de Amores, una pequeña calle de la colonia Del Valle, como una conmemoración tardía del centenario de su natalicio.

Arizmendi murió a finales de 1959, unos meses después del fallecimiento de Vasconcelos; al igual que el oaxaqueño, fue sepultada en el panteón Jardín. Su fune-



ral contó con una concurrencia amplia de familiares. Un numeroso contingente infantil de beneficiarios de la Cruz Blanca se trasladó desde Xochimilco hasta la agencia funeraria de los hermanos Gayosso, adonde también llegaron coronas florales enviadas por la Cruz Roja mexicana. Ninguna dependencia gubernamental publicó esquelas fúnebres en los diarios ni hubo presencia oficial en el velatorio.

Desde su salida del país en 1915, Arizmendi rompió con la Revolución mexicana. Aunque simpatizó con las medidas en favor de los derechos de las mujeres dictadas por los gobiernos posrevolucionarios, nunca se reconcilió con el régimen. En su opinión, ningún gobierno estuvo a la altura de los ideales políticos democráticos de Francisco I. Madero, que vislumbró "un hermoso horizonte que garantizaba la libertad de sus conciudadanos de ambos sexos". Para Elena Arizmendi, ese "hermoso horizonte" no existió en el México revolucionario. ←

